

# Chile a 40 años del golpe de Estado. Repercusiones y memorias

## ➤ Presentación

Peter Birle

*Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín*

El 11 de septiembre de 1973 el Ejército chileno puso fin, con un golpe de Estado, a la experiencia democrático-socialista del gobierno de la Unidad Popular bajo la presidencia de Salvador Allende. El golpe militar abrió paso a una dictadura de diecisiete años que modificó de manera sustancial la vida política, social, económica y cultural de Chile. Las políticas económicas y sociales del régimen autoritario fracturaron el tejido social de la sociedad chilena hasta un punto de difícil reconstitución aun en el día de hoy. El impacto que el golpe y la dictadura subsiguiente tuvieron en la historia chilena fue de tal calibre que su legado permea hasta hoy la vida de todas las generaciones del país. Desde el fin de la dictadura, Chile dispone nuevamente de un sistema político democrático. No obstante, el mantenimiento amplio del orden constitucional creado por el régimen autoritario y de la estrategia de desarrollo neoliberal, así como también la prioridad casi absoluta que los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2010) y el gobierno conservador de Sebastián Piñera (desde 2010) dieron al mantenimiento de la estabilidad y al consenso de élites, pusieron límites bastante estrechos al despliegue de un sistema político participativo. Bienes públicos como la cultura, la educación, las pensiones, la salud y todas las áreas de la provisión básica fueron sometidos a la aspiración de ganancia privada durante la dictadura, y en eso ha cambiado poco hasta hoy.

Al mismo tiempo hay que destacar considerables procesos de cambio registrados en la sociedad chilena durante la última década. A ellos pertenece una nueva generación de jóvenes que están cada vez menos cargados por los traumas de los que vivieron la larga dictadura. Ellos ya no consideran que la tarea central de la política sea sólo garantizar el orden democrático y la estabilidad, sino que exigen más posibilidades de participación y una discusión seria sobre los problemas estructurales fundamentales del país. Mientras que por mucho tiempo la sociedad civil chilena había sufrido las consecuencias de la dictadura y estaba muy escasamente organizada, desde hace unos años se puede observar una ruptura con el modelo predominante de organización social. Si bien no ha desaparecido completamente lo que Norbert Lechner tan acertadamente describió como la penetración neoliberal de la sociedad chilena como consecuencia de la dictadura, sí hay signos de un cambio gradual. El compromiso civil y el reclamo de derechos sociales y políticos son nuevamente cosas sabidas para cada vez más chilenas y chilenos.

El presente dossier sobre las repercusiones que el golpe militar ha tenido y sigue teniendo dentro y fuera de Chile es el resultado de una convocatoria que la revista *Iberoamericana. América Latina - España - Portugal* organizó con motivo del cuadragésimo aniversario de la toma del poder por parte del gobierno autoritario de Augusto Pinochet. Recibimos casi 40 manuscritos de varios países de las Américas y de Europa, lo cual ya de por sí constituye una prueba del gran interés académico que el pasado reciente

de Chile sigue convocando dentro y fuera del país. Las temáticas trabajadas corresponden a varias disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, abarcando aspectos históricos, políticos y culturales (literatura, cine, arte, música) relacionados con el golpe de Estado de 1973 y las consecuencias que tuvo.

Una de las repercusiones que tuvo el golpe militar fuera del país fue la formación de un amplio movimiento internacional de solidaridad con Chile, el cual comenzó a expresarse inmediatamente después de la instalación de la dictadura. En muchos países del mundo, grupos de solidaridad denunciaron los crímenes del gobierno de Pinochet y trataron de llamar públicamente la atención sobre la situación en Chile. Además, como muestra la contribución de Manuel Bastías Saavedra en este dossier, en Chile mismo se desarrollaron actividades en defensa de los derechos humanos que surgieron de las redes de la Iglesia progresista. Debido a su prolongada estabilidad económica e institucional, durante gran parte del siglo xx Chile había sido un país de asilo para los exiliados latinoamericanos. Cuando se produjo el golpe de Estado, se encontraban en el país casi 25.000 refugiados que habían huido de los regímenes militares instalados en sus propias tierras. Las actividades de socorro que se desarrollaron con la ayuda de organizaciones internacionales se transformaron con el tiempo en esfuerzos más generales de defensa de los derechos humanos en Chile. Asimismo, las operaciones realizadas en Chile tuvieron un carácter ejemplar para otros países latinoamericanos y contribuyeron a la formación de una infraestructura transnacional así como a la creación de organizaciones de derechos humanos en países como Argentina, Uruguay y Brasil. De esa manera, las actividades de derechos humanos realizadas en Chile después del golpe militar de 1973 desempeñaron un papel importante en la formación de un movimiento transnacional de derechos humanos en América Latina.

La “historia oficial” y la memoria social dominantes sobre el golpe de Estado y la represión impuesta por la dictadura de Pinochet atravesaron importantes cambios durante las cuatro décadas transcurridas desde 1973. Hasta la década de los ochenta, el régimen militar logró mantener en gran parte de la sociedad chilena la imagen del golpe como un acto necesario para proteger el país del caos, la guerra civil y el comunismo. Si bien durante los ochenta las versiones disidentes de la historia lograron paulatinamente una aceptación más amplia y la Concertación supo imponerse en el plebiscito que el régimen militar convocó sobre su futuro en 1988, todavía en los noventa un tercio de los chilenos estaba convencido de que en 1973 se había liberado a Chile del marxismo. Gracias al trabajo sistemático y persistente de los grupos de derechos humanos, a los distintos informes encargados por los gobiernos de la Concertación desde la transición a la democracia y a un creciente número de estudios científicos sobre el golpe y los años de la dictadura, hoy no solamente sabemos mucho más sobre lo ocurrido durante el régimen militar, sino que también la “historia oficial” divulgada en Chile ha cambiado considerablemente. Una cantidad considerable de programas especiales transmitidos por la televisión chilena con motivo del trigésimo aniversario del golpe en 2003 contribuyó de manera importante a cambiar la opinión pública de los chilenos sobre el pasado reciente.

A pesar de eso, a cuarenta años del golpe no sólo siguen existiendo distintas versiones sobre el pasado, sino también memorias excluidas de las narraciones oficiales, como muestra la contribución de Stefan Ruderer en este dossier. Este autor analiza la historia del Patio 29, un lugar del Cementerio General de Santiago donde fueron sepultadas anónimamente más de un centenar de víctimas de la represión durante la dictadura. Su

análisis parte de la distinción de varias etapas de políticas del pasado llevadas adelante por los gobiernos desde el retorno a la democracia en 1990, atendiendo a las respectivas iniciativas oficiales en materia de búsqueda de la verdad (comisiones de verdad, acciones penales), en cuanto a actos simbólicos y a programas de reparación. Se muestran las interdependencias entre las políticas del pasado y la búsqueda de verdad y justicia por parte de los familiares de las víctimas sepultadas en el Patio 29. Según Ruderer, la combinación de los crímenes cometidos durante la dictadura con las medidas para tratar estos crímenes por parte de los gobiernos democráticos llevó a una “eternización” del trauma y de la desconfianza de las víctimas y, además, a una exclusión de su memoria de la narración “oficial” sobre el pasado.

Las repercusiones del golpe en la literatura, el cine y otras expresiones artísticas son analizadas en tres contribuciones al dossier. La primera, de Paula Cronovich, se refiere a varias expresiones culturales de los años ochenta. La dramática caída de las actividades artísticas y de la libre expresión que resultó de la acción del gobierno autoritario, es decir, la represión de cualquier manifestación cultural considerada contraria a las líneas generales de la dictadura, ha sido calificada como un “apagón cultural”. La Junta trató de erradicar cualquier vestigio de las ideologías de izquierda no sólo en la política, sino también en la cultura. A pesar de eso, como lo muestra Paula Cronovich, varios artistas chilenos lograron ya desde finales de los años setenta una transición del “apagón cultural” a una fase de producción artística sorprendente durante el régimen militar. Mientras que los partidos políticos permanecían prohibidos y las reuniones públicas eran consideradas ilegales, algunos artistas encontraron maneras alternativas de resistencia. Cronovich analiza las acciones artísticas del poeta Raúl Zurita, de la banda de rock Los Prisioneros, del dramaturgo Ramón Griffero y del escritor Marco Antonio de la Parra, así como la fundación artística de la “Campaña del No” ante el referéndum realizado en 1988. La autora sostiene que durante la dictadura la expresión artística adquirió un sentido político. Los artistas que tenían una postura crítica frente al régimen autoritario se adaptaron a la nueva escena sociopolítica, distanciándose del marxismo tradicional y haciendo lo posible para evitar caer en líneas partidarias. Pero, por otra parte, había una continuidad que los propios artistas estaban ansiosos de negar. Según Cronovich, esta tensión entre ruptura y continuidad creó un nuevo tipo de cultura híbrida que aumentó la capacidad de los artistas de comunicar con la sociedad chilena.

Las dos últimas contribuciones al dossier estudian cómo la literatura y el cine posdictatorial representan los efectos de la dictadura en la sociedad chilena y cómo exploran el terrorismo de Estado. Bieke Willem analiza el modo en que las memorias de la dictadura han ido modificándose en la narrativa posdictatorial. Comentando las obras de Nona Fernández, Alejandro Zambra y Diego Zúñiga, Willem sostiene que esos autores más contemporáneos se distancian de la posición antinostálgica característica de las novelas de los años noventa. Semejante replanteamiento, según la autora, se manifiesta sobre todo en el hecho de que integran en sus novelas el viejo motivo que formaba el centro de las narraciones nostálgicas tradicionales, a saber, la vuelta a casa. Partiendo de la distinción que hizo Svetlana Boym entre una nostalgia restauradora y una nostalgia reflexiva, Willem constata que en las obras de los autores más contemporáneos hay rasgos de este último tipo de nostalgia. No obstante, no se trata de una literatura completamente contraria a la de los primeros años de la posdictadura. Al igual que las obras de esa época, las novelas más recientes atestiguan una profunda sensación de desamparo. Pero mientras que en las

primeras obras posdictatoriales predominan la melancolía y el énfasis en la imposibilidad de (re)encontrar una nación, un lugar donde uno se sienta en casa, Willem comprueba que últimamente se puede entrever una nueva generación de obras en la que se destaca la búsqueda nostálgica (aunque infructuosa) que emprenden los personajes de un tal lugar.

En su contribución al dossier, Vania Barraza Toledo analiza la trilogía cinematográfica del director de cine chileno Pablo Larraín sobre las repercusiones de la dictadura en la sociedad chilena. Las obras de Larraín se refieren a las contradicciones de una memoria en acecho sobre la sociedad contemporánea, para establecer un diálogo entre un presente y un pasado ominoso. Sus protagonistas simbolizan sujetos traumatizados que encarnan una temporalidad dual, transformándose en muertos vivos de una sociedad sin vida. El horror ejercido por la dictadura rompió todas las posibilidades de entender el mundo, como si el espejo simbólico se hubiera fracturado completamente. Los filmes de Larraín revisan la transición política como una tensión entre el olvido y el trabajo de duelo incompleto. Por lo tanto, el ensayo de Barraza Toledo interpreta la figura del no muerto en las obras de Larraín como encarnación de una deuda de la sociedad chilena con su historia. Como coleccionistas de una deuda impagada, esos no muertos representan la muerte interminable de muchos que no descansan en paz debido a la decisión política de excluirlos del debate público.

Las contribuciones a nuestro dossier muestran una vez más –y desde distintas perspectivas disciplinarias– que la relación entre historia y memoria es complicada y multifacética. No obstante, su confrontación es una cuestión crucial. A cuarenta años del golpe de Estado de 1973, hay muestras de una creciente superación de los legados de la dictadura en la política, la sociedad y la cultura chilenas. Al mismo tiempo hay que admitir que aún resta mucho por hacer.